

En recuerdo de Carlos V

(En el quinientos aniversario
de su nacimiento)

Con motivo de los cinco siglos del nacimiento en Gante del futuro emperador Carlos V de Alemania y I de España, recordamos sintéticamente los 58 años de un hombre que tuvo en sus manos las riendas del imperio europeo. Las cuatro décadas de su vida política es un desfile de guerras y paces, acuerdos y desacuerdos entre reyes cristianos, con el horizonte de fondo de la fe común, dividida por la Reforma luterana, y la cruzada contra la Media Luna. Al retirarse al monasterio de Yuste a los 56 años, para rendir cuentas de su alma a Dios, Carlos siente el agrídulce de no haber conseguido la concordia de la Cristiandad ni de haber vencido al Turco, pero dejando atrás un imperio hispánico que se extiende hasta más allá del Océano

Juan A. Sánchez y García Saúco*

* Profesor en la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Administración. Universidad S. Pablo. CEU. Madrid.

Una «herencia universal»

NACIDO en Gante (24 de febrero de 1500), el hijo de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso era, por nacimiento y por educación, un príncipe borgoñón. Pero la inmensa herencia que recibió —consecuencia de una doble política dinástica— lo convirtió en eje de la política europea, durante la primera mitad del siglo XVI.

Por el lado paterno recayó sobre él el Archiducado de Austria, el patrimonio de los Habsburgo, que incluía la posibilidad —hecha realidad en 1519— de acceder al Imperio alemán, y el legado borgoñón, con los Países Bajos y el Franco Condado.

Por el lado materno le llegaron los reinos de España, las diversas plazas del norte de África, los reinos italianos (Sicilia, Cerdeña, Nápoles) y las dilatadas tierras de América, que no cesarán de crecer durante su reinado. Precisamente la extensión de sus dominios oceánicos dio al Imperio de Carlos V una dimensión planetaria, que permite considerarlo —así lo hace Domínguez Ortiz— como «el primer hombre universal, en el sentido estricto de la palabra».

La posesión del Imperio alemán, «cuerpo irregular y monstruoso», como lo definió Puffendorf, constituyó una preocupación y una fuente de debilidad constantes. La fuerza de Carlos V en el centro de Europa le vino de los Países Bajos, pero fue España la que le proporcionó los medios necesarios para la ejecución de sus proyectos, una vez superado el conflicto interno de las Comunidades.

Los recursos materiales del emperador siempre fueron inferiores a su compromiso político. Le vinieron de Castilla y de las Indias, que no pudieron evitar, sin embargo, el endeudamiento creciente y el deterioro de la Hacienda. Este fenómeno explica, en buena medida, la hispanización del César.

El proyecto imperial

EL proyecto político de Carlos V se definió a lo largo de todo su reinado, siempre fiel a unas ideas esenciales.

Hasta 1521 el equipo político del joven soberano, presidido por Guillermo de Chièvres, fue marcadamente borgoñón, como su educación en Malinas y Bruselas. En el grupo destacaba Adriano de Utrecht, su confesor,

el hombre de confianza en quien recayó la regencia de Castilla, cuando Carlos de Habsburgo marchó a Alemania, para recibir la corona imperial.

Desde la muerte de Chièvres, el canciller piamontés Mercurino de Gattinara fue el más directo colaborador de Carlos V, entre 1522 y 1529. Era Gattinara –al que Karl Brandi atribuyó el origen de la idea imperial– fiel al concepto dantesco de «monarquía universal» y a la convicción de que Italia era la clave de ese poder.

Luego, a partir de 1530, llegaron como nuevos consejeros Perrenot de Granvela y los españoles Francisco de los Cobos y el cardenal Tavera.

No entramos en el debate sobre el origen de la idea imperial mantenido entre Brandi y Menéndez Pidal. Pero sí conviene subrayar que Carlos V siempre pretendió la «concordia universal» entre los príncipes cristianos, necesaria para detener la amenaza turca. Una idea compartida por el cosmopolitismo de los humanistas, que enlazaba directamente con las metas de la monarquía española.

La defensa de la Cristiandad, concebida como factor de unidad, otorga al emperador una clara *dimensión europea*, muy bien estudiada por Fernández Álvarez («Carlos V, un hombre para Europa», 1976). Fue una meta constante, que el propio Carlos V definió a lo largo de toda su vida. Recordemos, en este sentido, cuatro ocasiones solemnes y públicas, que tuvieron lugar en Alemania, en España, en Italia y en los Países Bajos, los puntos cardinales de su Imperio.

- En 1521 proclamaba en **Alemania**, ante la Dieta imperial reunida en Worms, en presencia de Martín Lutero, que en defensa de la fe de sus mayores:

«Yo estoy determinado de emplear mis reinos y mis señoríos, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma.»

- Tras la victoria sobre Francisco I en Pavía, cuando su fama estaba en lo más alto, no olvidaba el mismo compromiso. En el tratado de Madrid de 1526, señalaba la necesidad de llegar a «una universal paz, para convertir las armas comunes» de los príncipes cristianos contra los infieles y los herejes.

En el mismo **Madrid**, reunido en el Alcázar con diversos miembros de sus Consejos, anuncia en 1528 su propósito de viajar a Italia para pacificarla, para ser coronado por Clemente VII como emperador y preparar una *paz perpetua* que hiciera posible la reunión del Concilio general.

- En 1536, tras su victoria en Túnez, pronuncia en el **Vaticano** su célebre discurso en castellano ante el pontífice Paulo III, el cuerpo cardenalicio, príncipes y magnates de varias naciones y los embajadores de Francia y de Venecia. Sin consultar con sus consejeros, expone que está dispuesto a cual-

quier sacrificio, para conseguir la paz de la Cristiandad y marchar contra el Turco. Dejó bien claro que no pretendía la monarquía universal:

«algunos dicen que yo quiero ser monarca del mundo y mi pensamiento y mi obra muestran que es lo contrario.»

Y a continuación añade que su intención «no es de hacer la guerra con los cristianos», sino que Italia y la Cristiandad estén en paz, «y hagamos una confederación contra los infieles».

• La cuarta ocasión coincide con el momento de su abdicación, en **Bruselas**. Hace allí el recuento de su vida y explica su aceptación de la Corona Imperial:

«No la pretendí con la ambición desordenada de mandar mucho», sino «por la paz y la concordia de la Cristiandad», para «el aumento de la religión cristiana contra el Turco».

Su objetivo quedaba otra vez muy claro, justo a la hora de la verdad, al final de su andadura, cuando ya preparaba su retiro a Yuste.

No aspiró Carlos V a un imperio dominador, al estilo de la «monarquía universal» concebida por el Dante, sino a un imperio *conservador* y *ordenador*. No ambicionó más tierras, sino conservar las que tenía: «no dejaros menos reinos de los que de mis padres heredé», decía a su hijo Felipe II. Y era cierto. A los propios turcos los combatió como invasores: acudió a la defensa de Viena, no se planteó la lucha en Hungría. Llevó la guerra a Túnez y a Argel, que constituían una grave amenaza para las costas de Italia y España. Con los luteranos no emprendió una guerra religiosa, buscó el compromiso y dialogó. Sólo acudió a las armas cuando no tuvo más salida y lo hizo contra los príncipes rebeldes a su autoridad. Ante Francia no agotó en su provecho el éxito de Pavía, como se le aconsejaba. Buscó las bases de un entendimiento con Francisco I, como también lo hará en la paz de Cambrai de 1529, al cederle la posesión de Borgoña. Carlos V aspiró también a un *imperio ordenador*, que pretendía la concordia de los príncipes cristianos. Una «ordenatio totius mundi» con centro de gravedad en la dinastía de los Habsburgo.

El Imperio, así concebido, se convertía en un freno al peligro turco. En ese compromiso histórico confluían los deseos de cruzada de su abuelo Fernando el Católico; los intereses de Italia y España amenazados por la presencia musulmana en el norte de África; la vieja tradición borgoñona; la defensa de la propia Alemania, ante la llegada de Soleimán hasta las mismas puertas de Viena. Era la defensa de Europa, a la que se aprestaban también los espíritus más selectos del Humanismo.

Pero el proyecto de Carlos V encontró una triple oposición que lo hizo fracasar. La resistencia de Francia fue permanente a lo largo de todo su rei-

nado, era la oposición del Estado Moderno renacentista a verse dominado. La rebeldía de los príncipes alemanes, unida a la convulsión religiosa encendida por Lutero, imposibilitó al emperador la construcción de un vigoroso estado alemán y lo tuvo constantemente maniatado. La lucha contra el turco quedó así debilitada. Dentro de esas tres dimensiones —franceses, protestantes y turcos— se desarrolló la política de Carlos V, siempre orientada a conseguir un sistema imperial efectivo, fundamento de paz y armonía para el orbe cristiano.

La resistencia de Francia

LA oposición sistemática de Francisco I al sistema imperial fue la respuesta de una Francia nacional y moderna, que se sentía cercada por todas sus fronteras: los Pirineos, el Rin, Flandes. Pero existían otros motivos para la guerra. Había viejos pleitos territoriales por Borgoña y por Navarra. Actuaban razones estratégicas de primer orden, el Milanésado en manos de Francisco I impedía al emperador la comunicación entre sus reinos italianos y Alemania. Latía también la rivalidad personal entre ambos príncipes, los dos jóvenes, que aspiran a la gloria renacentista y que se han disputado la corona imperial de Alemania.

Francisco I había iniciado su «política de prestigio» nada más llegar al poder. En 1515, la victoria de Mariñano le facilitó su entrada en el Milanésado. Al año siguiente Carlos de Gante, conde de Flandes, se comprometía a devolver el reino de Navarra a los Albret, por el tratado de Noyon; una promesa que nunca cumpliría, al llegar a España y escuchar el sentir de sus reinos.

En 1521, la expedición de Gaston de Foix, aprovechando la «explosión castellana» de las Comunidades, abrió la interminable guerra, continuación del viejo conflicto por la posesión del reino Nápoles. Se mantendrá viva hasta los días de Chateau-Cambrésis, en 1559, con el enlace dinástico entre Habsburgos y Valois, tan querido por Carlos V.

Hasta 1529 la guerra fue continua, sólo contó con el breve respiro abierto tras la derrota francesa en Pavía; el escenario esencial fue Italia. Después tuvo un ritmo intermitente, con el ducado de Milán en el horizonte político. Luego conectó con el problema alemán y se trasladó al norte, hasta la tregua de Vaucelles de 1556.

Durante el primer período de la guerra, el empuje inicial de Francia se dirigió hacia Navarra y se materializó en la conquista de Pamplona y el ase-

dio posterior a Logroño. Rechazada esta primera embestida, el conflicto se trasladó al norte de Italia. En 1521 los franceses eran expulsados del Milanesado. Luego eran vencidos en Bicoca (1522) y en Pavía (1525), donde el propio soberano francés cayó prisionero y fue conducido a Madrid, un acontecimiento espectacular. Las paces de Madrid (1526) señalaban bien los objetivos: la devolución del ducado de Borgoña, arrebatado por Luis XI de Francia a Carlos el Temerario, el bisabuelo de Carlos V, y la renuncia de Francisco I a Italia. El emperador no agotaba sus exigencias con el vencido. Las dos condiciones, aceptadas por Francisco I, no fueron luego cumplidas.

Pero la paz duró muy poco. Carlos V había roto el equilibrio en Italia. La alarma condujo a nuevas alianzas. El pontífice Clemente VII se aproximaba a Francia; Enrique VIII de Inglaterra, en brusco giro diplomático, también lo hacía. Así se consumó la Liga de Cognac en 1526, que renovaba la guerra. El asalto a Roma por las tropas imperiales y el saqueo de la ciudad, que provocó el escándalo de la Cristiandad y el enojo de Carlos V, fue el hecho más significativo. Luego, las victorias de Aversa y Landriano confirmaron la supremacía de Carlos V en Italia. En la paz de Cambrai de 1529 —el año en que los turcos amenazan Viena— Francisco I renunciaba a sus ambiciones sobre Italia. Tampoco Carlos V explotaba su victoria en esta ocasión. Como prenda de amistad hacia Francia, renunciaba a la posesión de Borgoña, no a sus derechos. La mano estaba tendida. Ese mismo año el emperador viajaba a Italia para curar las heridas abiertas, proceder a la pacificación y ser coronado por Clemente VII en Bolonia, como un nuevo Carlomagno.

Carlos V aprovechó esta paz para combatir al turco, que ya había sido rechazado en Viena. La iniciativa tomada contra Túnez, en 1535, se hacía en defensa de los intereses italianos, como un nuevo gesto de concordia.

Pero la guerra de Francia no cesó. Ese mismo año Francisco I se aproximaba al sultán turco Soleimán el Magnífico y al año siguiente establecía con él un tratado comercial, que tanto benefició al puerto de Marsella más tarde.

Dentro de este contexto se produjo la muerte del duque de Milán, Francisco Sforza, sin herederos. El Milanesado revertía a Carlos V; pero el soberano francés invadió Saboya. Es ahora cuando se produjo el discurso del emperador en el Vaticano, en perfecta lengua española. En su transcurso retó a Francisco I a un duelo personal, para acabar de una vez con los conflictos.

Detenido el empuje francés, las tropas imperiales invadieron la Provenza y Picardía, mientras Barbarroja devastada la Apulia, signo de la estéril discordia de la Cristiandad occidental. La intervención del Papa Paulo III y la

entrevista de los dos soberanos en Aigues-Mortes, condujo a la nueva paz de Niza (1538). Carlos V se volvía de nuevo contra el turco durante unos años.

Pero en 1542 la guerra con Francia se encendía otra vez; la reunión del Concilio de Trento se aplazaba. De nuevo Milán se convirtió en el punto de mira, y es que en 1540 el emperador había investido a su hijo Felipe en el histórico ducado. A la guerra acudía ahora el rey de Francia asistido por los turcos y los luteranos alemanes, el triple frente se había soldado. En 1544 la paz de Crépy cerraba la guerra, Francisco I moría tres años después. El Milanesado quedaba desde ahora bajo la tutela de España.

La paz propiciaba también la apertura del Concilio de Trento (1545). No obstante, el problema alemán —como luego veremos— siguió su propio camino. Con él conectó Enrique II de Francia, que mantuvo la oposición a Carlos V hasta la tregua de Vaucelles de 1556.

El conflicto alemán

EL imperio alemán fue una constante fuente de problemas para Carlos V. Un complejo conjunto de intereses se entrelazaban, en medio de la multitud de principados, señoríos y ciudades, que actuaban con independencia casi total. Poco era lo que la Dieta Imperial y otras débiles instituciones podían resolver para convertir a Alemania en un Estado moderno, al modo de las Monarquías de Occidente.

El emperador tenía el compromiso de superar la estructura medieval del Imperio. Pero al proyecto se opusieron los príncipes territoriales, que aprovecharon el vendaval religioso impulsado por la reforma luterana. En casi exacta coincidencia con el acceso de Carlos V a la dignidad imperial. Lutero planteaba la ruptura de la Cristiandad, con la publicación de sus 95 tesis en Wittenberg, el 31 de octubre de 1517.

En 1519 el luteranismo se propagaba con decisión en Alemania, apoyado por los príncipes y los humanistas. Ante la profunda conmoción planteada, el emperador no podía permanecer impasible. Carlos V encaró el problema desde el primer momento, empleando los medios más distintos: los *coercitivos* (en Worms, en Augsburgo); la *negociación* y el *diálogo* (en Haguenau, en Worms, en Ratisbona); la *vía conciliar* la solicitó constantemente al Papa. Todo resultó inútil, incluso la *guerra*, llevada con suerte alterna contra los príncipes.

A los pocos meses de su coronación imperial en Aquisgrán, Carlos V exi-

gió la retractación a Lutero, en la Dieta de Worms. Ante su negativa, el Edicto de Worms condenaba a quienes siguieran las nuevas ideas.

La desobediencia de los príncipes que apoyaban la reforma y la guerra abierta ese año por Francisco I detuvieron al emperador. Alemania vivió entonces un período de graves convulsiones sociales y políticas (revolución de los caballeros de Franz von Sickingen de 1523; insurrección campesina de 1525).

La revolución religiosa tomaba el carácter de revolución política. Los príncipes católicos, unidos en el pacto de Dessau, tomaban posiciones; en 1526 la alianza de Torgau unía a los príncipes luteranos (Felipe de Hesse, Federico de Sajonia).

Desde 1525, la secularización de los bienes de la Iglesia, paralela a la organización de la Iglesia luterana, unía con mayor facilidad a los príncipes contra el emperador. En 1530, Carlos V, que ha sido coronado por el Papa y estaba en paz con Francia, buscó la negociación en Alemania. En la Dieta de Augsburgo, Felipe Melanchton presentó la síntesis de la nueva doctrina, como base para el diálogo. Pero el acercamiento no fue posible. El emperador decidió entonces someter a los príncipes a la jurisdicción de la Cámara Imperial de Justicia, como perturbadores de la paz.

La «guerra jurídica» decretada en Augsburgo aceleró la formación de la Liga de Smalkalden, por parte de los príncipes. Un auténtico poder autónomo dentro del Imperio, que desde 1532 buscó el apoyo exterior de Francia y de Inglaterra. El emperador ensayó nuevos caminos de concordia, en el Interim de Nuremberg (1532) y en la Pacificación de Candau (1534). ERA la renuncia a la «guerra jurídica» y el reconocimiento de la realidad religiosa en Alemania, hasta que un Concilio general decidiera.

De este modo, entre 1532 y 1545, el luteranismo se difundía en Alemania, mientras Carlos V intentaba la negociación directa. Iniciada en Haguenau y Worms, la nueva postura culminó en los coloquios de Ratisbona (1540-1541). Pero la avenencia no se produjo. Fue ahora cuando la reunión del Concilio, se abrió camino. Una vez terminada la guerra con Francisco I en Crépy, Paulo III procedió a su convocatoria para el mes de marzo de 1545.

No obstante la situación en Alemania volvía a hacerse crítica. El arzobispo de Colonia se pasaba al lado luterano. Era el cuarto de los siete Príncipes Electores que lo hacía. Se caminó hacia la guerra, que presencié en Mühlberg la victoria del emperador (1547), inmortalizada por los pinceles de Tiziano.

Ahora Carlos V, distanciado del Papa y sin recrearse en su victoria sobre la Liga, ensayó de nuevo la paz en Alemania, por medio del Interim de Augsburgo, en junio de 1548, que no satisfizo a nadie, ni a católicos, ni a luteranos.

Pero el restablecimiento de la autoridad imperial aceleró la «revolución de los príncipes», que cerraron los acuerdos de Torgau y negociaron con Francia el tratado de Chambord de 1552. Enrique II de Francia, convertido en «protector de las libertades germanas», daba su apoyo militar a los príncipes alemanes y ocupaba a cambio los obispados de Metz, Toul y Verdún. Mientras, Mauricio de Sajonia traicionaba a Carlos V y entraba en Augsburgo.

Los graves sucesos cogieron por sorpresa a Carlos V. Desprevenido en Innsbruck, tuvo que refugiarse en Italia, cansado y enfermo. Fue cuando encargó a su hermano Fernando la solución final del largo conflicto. El tratado de Passau daba el primer paso. La Paz Perpetua de Augsburgo culminaba el proceso en 1555. Los príncipes alcanzaban libertad para imponer en sus territorios la fe profesada, bajo el principio del «cuius regio, eius religio». Desaparecía la Cámara Imperial de Justicia; las tropas imperiales no podrían entrar en los territorios de los príncipes; para la reunión de la Dieta sería preciso su consentimiento unánime. La autoridad imperial había sido rebasada.

La amenaza del turco

LA lucha contra el turco era el primer objetivo de la política carolina. Pero el emperador la afrontó con escaso éxito. Absorbido por el continuo conflicto con Francia, paralizado por el laberinto alemán, nunca llegó a desplegar una clara iniciativa. Esto, a pesar de que la presión otomana arreciaba muy en firme sobre la Cristiandad europea en dos direcciones, que amenazaban directamente las tierras del Imperio.

La progresión por el Danubio fue sistemática: Belgrado-Budapest-Viena. Alcanzaba el corazón de Europa y de las posesiones de los Habsburgo.

El avance en el Mediterráneo, iniciado con la caída de Rodas, enlazó con la presencia de Barbarroja, dueño de Argel desde 1517, al otro lado del mar. Una cuña musulmana que ponía en grave aprieto las tierras italianas y españolas del César Carlos.

El peligro otomano creció desde 1520, en que Soleimán el Magnífico subió al trono. Émulo del emperador de los cristianos, joven como él, ambicionaba el poder y la gloria. De inmediato puso en marcha la doble acometida.

En 1521, tras barrer la débil resistencia húngara, se apoderó de Belgrado, llave del Danubio. Al año siguiente, después de vencer la resistencia de los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, se apoderaba de la isla de Rodas, llave del Mediterráneo.

Tras la caída de Belgrado, Soleimán presionó aguas arriba del Danubio. Vino en primer lugar la terrible batalla de Mohacs (1526), con el hundimiento de la nación húngara y la muerte de su soberano Luis II, cuñado de Carlos V. Tres años más tarde, la tormenta descargaba sobre la propia Viena, a la que Soleimán puso sitio. ¿Correría la misma suerte que Constantinopla? En ello «le iba a Europa su cuerpo y su alma», señala al respecto René Grousset. El asedio a la capital de los Habsburgo mostraba el descaro del turco. Viena era el «baluarte de Europa». El propio Lutero animó a la defensa común, sin distinción de credos. La ciudad se salvó, pero la retirada de Soleimán no era definitiva. En 1532, sus jenízaros volvían sobre Viena. Su avance fue detenido en Günz, a 100 kms. de la bella capital. Soleimán renunció esta vez al asedio y se conformó con devastar Estiria. Carlos V se presentó en Linz, para presenciar la retirada de su enemigo. Desde allí escribía a su mujer, la emperatriz Isabel, para comunicarle que había comenzado «a echar de la tierra a este común enemigo de la Cristiandad». Las treguas de 1533 pactadas por Fernando de Habsburgo, que lo reconocían como rey de Hungría, hacían cursar la amenaza turca en esta dirección.

La presión en el Mediterráneo no era menor, tras la caída de Rodas en 1522 y la conquista de Túnez por Barbarroja en 1534, una grave amenaza para Sicilia y para Nápoles. En 1535, en un respiro con Francia, Carlos V aparecía como un cruzado en la empresa contra Túnez, que dirigió personalmente. Contaba con los barcos del genovés Andrea Doria y la brillante presencia de Álvaro de Bazán, futuros hombres de Lepanto. La expedición, que partió de Barcelona, rindió La Goleta y conquistó Túnez. Carlos V sintonizaba con la valentía de los españoles en esta empresa.

En 1538 la Liga Marítima unió al emperador con Venecia y con el Papa, tras el ataque de Soleimán a Corfú. Se abría ante el emperador la esperanza de una Cruzada contra los turcos. Pero la aventura sólo quedó en la efímera ocupación de Herzeg Novi y los pobres resultados de Prevesa. La Liga, siempre débil, acabó disuelta. Venecia se cerraba a toda idea de Cruzada, Francia organizaba de nuevo la guerra.

A pesar de ello, Carlos V se hacía eco del sentir de Castilla en 1541. Aunque el turco rendía Budapest, el emperador llevó la guerra a Argel, el gran peligro para las costas españolas. La empresa acabó en un terrible desastre, que le condujo al abandono definitivo del ideal de Cruzada. La atención del emperador se concentró en los asuntos de la Cristiandad, África quedó atrás definitivamente. En el Mediterráneo la iniciativa sería para el turco hasta los días de Lepanto, a pesar de la muerte de Barbarroja en 1546.

Carlos V abandona el poder

EN el otoño de 1555, el emperador protagonizaba en su palacio de Bruselas, en la tierra natal, uno de los momentos más solemnes de su reinado: el abandono voluntario del poder. Un acto en el que revela importantes claves de su personalidad.

Envejecido y con la salud muy quebrantada, ha decidido abdicar, a los pocos meses de la muerte de su madre, la reina Juana, en Tordesillas. Muchos motivos lo empujaban a tan grave decisión. Entre ellos —lo subraya Fernández Álvarez— actuó el sentido ético, propio del príncipe cristiano, que se sentía incapacitado para seguir luchando por el bien común de sus súbditos. Así lo decía él mismo en momento tan solemne: «me siento tan cansado que no os puedo ser de ningún provecho». Por eso dice adiós: «daría a Dios y a los hombres estrecha y rigurosa cuenta, si no hiciese lo que tengo determinado, dejando el gobierno».

Aunque conservó el título imperial, se hacía realidad el acceso de su hermano Fernando, Rey de Romanos, al Imperio alemán, como se había decidido desde el comienzo del reinado, a pesar de la crisis dinástica de 1551. Era la renuncia del César al bloque de poder hispano-alemán.

Su hijo Felipe ya había recibido el ducado de Milán en 1546 y el reino de Nápoles en 1554, con motivo de su boda con María Tudor, la reina de Inglaterra. Ahora recibía los Países Bajos, con la esperanza de que pasaran en su día al heredero de este matrimonio, respaldados por el apoyo inglés, cosa que nunca se produjo. Y así, la herencia borgoñona acabó convirtiéndose en una «damnosa hereditas» para España.

Por último, en enero de 1556, en tres actos distintos, el emperador cedía a Felipe II los reinos de España y las Indias, así como el reino de Sicilia.

En el mes de agosto dejaba Bruselas y desde Flesinga, por el «océano de España», llegaba al puerto de Laredo. Habían pasado 39 años, desde su «histórico desembarco» en Tazones, en Villaviciosa de Asturias, cuando a los 17 años llegó a España, para recibir la herencia de sus abuelos maternos. Muchos avatares había recorrido desde entonces. Ahora el emperador, a través de Castilla, se encaminaba a su meta final de Yuste, en la Vera cacereña de Plasencia, donde le rendirá la muerte en 1558.

No había hecho realidad sus sueños, ni alcanzado su proyecto imperial: «no pude ejecutarlo como quisiera», se lamenta él mismo. No había conseguido la concordia de la cristiandad, ni vencer al Turco. La oposición de Francia; la revolución religiosa, la resistencia de los príncipes, habían opera-

do en contra de la «universitas christiana». Pero el emperador dejaba tras de sí un Imperio de nuevo cuño, con el que —es paradójico— no había soñado. El Imperio Hispánico, que se extendía al otro lado del océano.

No hay que olvidar que, durante su reinado, Hernán Cortés había incorporado las tierras de los aztecas de la Nueva España; Francisco Pizarro el imperio de los Incas del Perú; Pedro de Valdivia el espacio araucano. Y Magallanes y Elcano habían abrazado el mundo entre 1519 y 1522.